

zaron al encuentro de Víctor, cuya retirada podía por su parte también cortar Venegas con sus treinta mil hombres si se conseguía reunir á tiempo todas esas fuerzas. Verificóse la marcha con tanta celeridad y acierto que Víctor hubiere sido destruído en el Alberche el 24 de Julio, en donde le habrían alcanzado si éste no hubiese escapado, gracias á no haber querido secundar Cuesta el ataque proyectado

por Wellesley el día antes. Pero si anduvo Cuesta remiso en atacar no lo estuvo en correr tras de Víctor cuando supo que éste marchaba en retirada, metiéndose por Torrijos con gran temeridad exponiéndose á una catástrofe, pues Wellesley irritado por lo sucedido, y creyendo aventurado su avance no quiso secundarle sino á medias, pues bien comprendía que Víctor iba en busca de socorros que en



SIR ARTHUR WELLESLEY, VIZCONDE DE WELLINGTON

efecto le lleva el mismo rey José, después de haber dado orden á Soult y á Sebastiani que marchasen sobre Talavera.

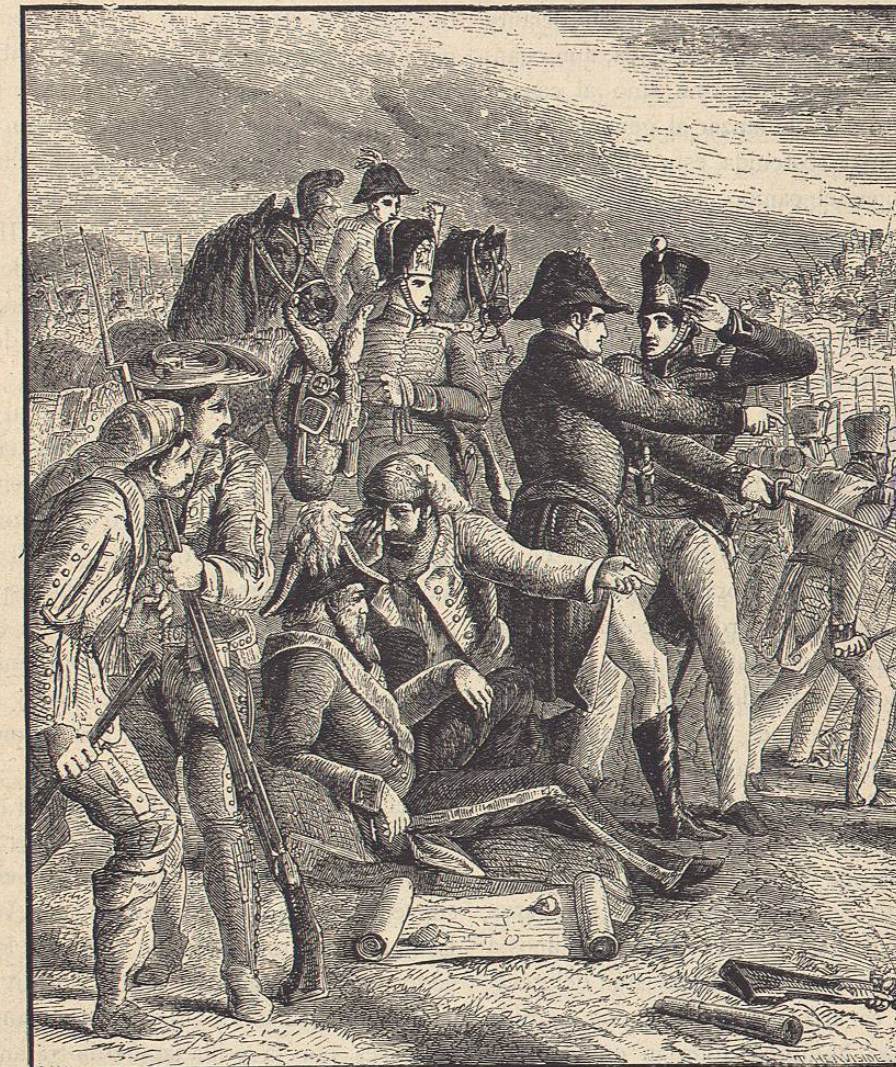
Víctor podía ahora hacer frente á sus enemigos con cuarenta y cinco ó cincuenta mil hombres, lo que en verdad le constituía en estado de poder batirse los sesenta mil hombres del ejército anglo-hispano, dada la debilidad interna del cuerpo de Cuesta; pues sólo una tercera parte del mismo tenía un valor real. Además, Soult y Mortier podían llegar á tiempo para la batalla, lo que si sucedía, era segura la destrucción de Wellesley, pues Jourdan había calculado que dichos mariscales podían estar el 30 de Julio en Plasencia, lo que hubiera indudablemente decidido á Wellesley á repasar el Tajo. Jourdan no era el autor de este plan que estaba

sujeto á posibles contrariedades, su responsabilidad era entera de Soult, quien le dijo el 23 de Julio que precisamente en previsión del movimiento de Wellesley se había concentrado en Salamanca.

Importaba, pues, ahora á Víctor, no aceptar batalla alguna hasta saber que Soult estaba próximo, pero sobre sentirse fuerte, José estaba inquieto por su capital. Al abandonarla se habían hecho fuertes en el Retiro, en donde había dejado al general Belliard con cuatro mil hombres y todos los comprometidos con el nuevo régimen; nacionales y extranjeros, hombres y mujeres. La angustia y la zozobra era extraordinaria en Madrid, pues hubiera bastado la presencia de Venegas que estaba en Fuente-Dueñas para determinar una explosión general y la pérdida de aquellos infelices, pérdida también se-

gura si llegaba para José el caso de tener que alejarse más y más de Madrid. Una nueva escapada de Madrid como la de la época de Bailén que tan desastroso efecto había causado, había de arruinar para siempre las esperanzas de establecerse José en España, y luégo habría que ver lo que diría su

hermano, de modo que todo le llevaba á Víctor á combatir, máxime cuando Cuesta con su impremeditación le alentaba á ello, pues le bastó poner en movimiento á la caballería de Latour-Marbourg para hacer correr á sablazos los soldados de Cuesta, que debieron á los refuerzos que les envió



Batalla de Talavera

Wellesley para sostenerles el haber escapado á un total desastre. Esto llevó á los franceses enfrente Talavera.—27 de Julio de 1809.

Cuesta, escarmentado ya, no pensó sino en tomar y guardar las posiciones que le señaló Wellesley. Este extendió sus tropas en una línea perpendicular al Tajo y que iba de éste á las montañas vecinas cerrando completamente el paso á los franceses. Esta línea corría por una serie de mesetas de difícil acceso que terminaban en una

altura más escarpada que las otras, separada de la línea de montañas sólo por un estrecho valle que formaba el punto de apoyo de la extrema izquierda. La derecha se extendía hasta Talavera y el Tajo. En Talavera, llave de todas las posiciones, concentra Wellesley á los inexperimentados y poco aguerridos soldados de Cuesta convenientemente fortificados y desde donde podían prestar todos los servicios que se podían esperar de su indisputable valor.



Víctor, conocedor del terreno que pisaba, comprendió desde luego toda la importancia de tomar la altura que cerraba la extrema izquierda del ejército anglo-hispano y aunque era ya tarde empezó inmediatamente su ataque sin consultar á nadie. Esto hizo también por ver que Wellesley había descuidado su defensa, pues allí no estaba mas que la brigada Donkin, y como ocupada dicha posición obligaría á Wellesley á un cambio de frente delante el enemigo, operación siempre arriesgada, aún cuando sus preparativos no terminasen sino al caer la noche, no por esto deja de lanzar al general Ruffin á su asalto, pero mal sostenida esta división es rechazada dejando en el campo 300 hombres entre muertos y heridos. La partida quedó aplazada para el día siguiente.

Estábamos, pues, en 28 de Julio y no era posible contar con que Soult hubiese llegado ya á Plasencia á donde no se le podía esperar antes del 30 ó 31 de Julio y esto sin el cuerpo de Ney que no podía llegar hasta dos ó tres días más tarde. Jourdan procuró en vano convencer á Víctor de la inoportunidad de principiar la batalla el día 28 después de haberse enseñado á Wellesley su punto flaco, en que el general inglés estaría aquellas horas reforzando. Pero Víctor y José estaban de acuerdo en combatir cada uno, es cierto, movido por distintas ideas, y el sensato consejo de Jourdan fué desoído.

Al rayar el alba y después de un vivo cañoneo que atropelló bastante la línea inglesa, Víctor volvió á lanzar al asalto de las posiciones atacadas por la víspera á la misma división Ruffin sostenida por la de Villatte. Llegan los franceses no sin perder mucha gente á lo alto de la meseta y allí les esperan los ingleses formados en batalla fusilándose unos á otros á quema ropa, pero llega la división del general Hill y Ruffin es arrojado al valle con pérdida esta vez de 1.500 hombres. Jourdan en vista de este descalabro y del despacho de Soult que se acababa de recibir y en el que decía que no podía estar en Plasencia sino del 3 al 5 de Agosto, instó para que se abandonase el campo de batalla en lo que no había peligro alguno, pero Víctor lastimado ahora en su amor propio y José que se veía ya poco menos que encerrado en el Retiro, persistieron en combatir. Jourdan fué una vez más desoído pero á lo menos se aceptó su consejo de atacar en toda la línea.

Sebastiani, pues, cargó sobre el centro, Leval al frente de la división alemana cargó también por el punto de unión de las posesiones inglesas y españolas pero con mala suerte; pero en general el ata-

que del centro no marchaba del todo mal. En este momento Víctor atacaba de frente y de flanco la fatal altura que tanta sangre había costado ya á los franceses. También fué este ataque rechazado por la caballería inglesa, y al retroceder Villatte arrastró al centro rudamente defendido por los aliados. Fué, pues, necesario pronunciarse en retirada, y aún cuando las pérdidas de uno y otro lado se equilibraron, el efecto moral de la batalla era desastroso para los franceses quienes además habían perdido al general Lapisse, si bien Wellington perdió á dos de sus generales. Esta batalla tuvo en efecto gran resonancia en España y fuera de ella. La Junta Central nombró á Wellesley capitán general y á Cuesta le dió la gran cruz de Carlos III. El gobierno inglés nombró á Wellesley vizconde de Wellington. En los campos de Talavera ganó, pues, el joven general inglés, el nombre que debía hacerle inmortal.

Otro hubiera sido el resultado moral de la batalla de Talavera para Napoleon, si Sebastiani no hubiese logrado derrotar poco después á Venegas, quien, habiendo permanecido inactivo en Daimiel cuando su intervención podía ser definitiva, se hizo batir en Almonacid defraudando su ejército las esperanzas que había hecho concebir por su brillante estado, pues, también se apoderó de él el terror pánico y se desbandaron sus soldados dejando diez y seis cañones en manos de los franceses, no parando de correr hasta Sierra Nevada.

Venegas traía como divisionarios á los generales Lacy, Vigodet, Giron, Castejon y Zerain, y la caballería la mandaba el marqués de Gelo. «Habíase concentrado su fuerza principal en Aranjuez, dice Lafuente, con propósito de defender los puentes y vados del Tajo, dejando detrás dos divisiones en el camino de Ocaña. El 5 de Agosto acometieron los franceses por la orilla izquierda tratando de ganar los tres puentes: rechazáronlos con vigor nuestras tropas, guiadas por los generales Giron, Lacy y Vigodet, y desistieron aquéllos después de sufrir pérdidas no escasas. Dirigiéronse luego á Toledo, el día 9 pasaron el Tajo por esta ciudad y los vados de Añover, y José con su reserva situó su cuartel general en Bargas. En vista de este movimiento juntó el español Venegas sus fuerzas en Almonacid, inclinado á presentar la batalla, con cuya opinión coincidió la de los demás generales. No la rehuyeron los franceses, antes bien, la anticiparon, y cuando el 11 por la mañana partió el rey José con su guardia y con intención de atacar, encontró ya al general Sebastiani empeñado en el combate...., cuando

llegó el rey José con la reserva, la quinta división nuestra había ya flaqueado, la colina en que estaban las principales fuerzas españolas fué tomada después de una viva resistencia, la división de Lacy se vió fuertemente comprometida, Venegas dió la orden de retirada, retirada que no pudo hacerse con orden á pesar de las acertadas maniobras de las divisiones Vigodet y Castejon, pues la voladura de unos carros de municiones asustó y dispersó la caballería y huyeron todos atropelladamente hacia Manzanares. Aún allí corrió la voz de hallarse cortados por el enemigo, con lo cual desbandadamente se ahuyentaron no parando en su fuga hasta Sierra Morena, donde, al fin, después se rehicieron, según costumbre.»

Wellesley tuvo por su parte que ceder á las fuerzas reunidas de Soult y Mortier escapando de ellos sin combatir, y Cuesta, que había quedado en Talavera guardando los heridos, al verse aislado lo abandonó junto con el sagrado depósito que tenía á su cuidado. Este final de una campaña que había hecho concebir tantas esperanzas, dió ocasión á lo menos para que la Junta Central se deshiciera de Cuesta que tomó el retiro pasando á ocupar su puesto el general Eguía.

Interin esto sucedía en el Occidente de España, en la parte Oriental una ciudad de catorce mil hombres, cuyas fortificaciones habían menospreciado los franceses al entrar traidoramente en España, no sólo mantenía levantada la bandera española, sino que causaba graves descalabros al enemigo. Aludimos á Gerona que había de ganarse el título justísimo de inmortal.

Obligados el año 1808 á levantar el sitio que tan caro les costara, volvieron los franceses delante de Gerona el 6 de Mayo de 1809 decididos á vengar la afrenta que habían sufrido y á apoderarse de la ciudad costara lo que costara. Mandábales, en un principio, Reiller á poco reemplazado por Verdier que fué quien dirigió el sitio de la plaza. Cinco mil seiscientos setenta y tres hombres eran los que defendían la ciudad cuyos muros habían sido ya acribillados de balazos y escalados más de una vez, porque los fosos de sus muros tenían una profundidad menguada que hacía sumamente fácil esta operación, pero si pocos eran sus defensores militares, tras de ellos estaba todo un pueblo, sin distinción de sexos, clases, ni edades, mandado por un jefe heroico y denodado, por Mariano Alvarez de Castro, á quien el cariño popular, no contento con haberle concedido la palma de la gloria, le dió la del martirio. Las fuerzas populares, debidamente orga-

nizadas por el coronel Enrique O'Donell, formaban una legión de 900 hombres.

Asaltadas las fortificaciones exteriores de la plaza los días 4 y 8 de Julio, fueron duramente escarmetados no sin graves pérdidas por nuestra parte, pero el castillo de Montjuich continuaba en nuestro poder y mientras se conservara su posición no peligraba la plaza. Sin embargo Verdier se equivocaba al creer que al caer Montjuich caería Gerona. Montjuich fué abandonado el 12 de Agosto y, sin embargo, la inmortal ciudad quedó levantando la bandera de la Independencia.

La plaza estaba ya muy apurada por falta de víveres, cuando el general Blake dispuso una muy bien combinada expedición para socorrerla que tuvo feliz éxito dirigida por Llauder, O'Donell y García Conde, repetida la operación pocos días después, no tuvo tan feliz éxito, cebándose Saint-Cyr, con menosprecio de su fama de gran general, con los infelices bagajeros. Pero en el intermedio Saint-Cyr, que había acudido personalmente para dirigir el sitio, había sido también severamente escarmentado, pues el 4 de Setiembre lanzó sus columnas al asalto de la ciudad que tenía brechas abiertas y fáciles por todos lados siendo en todas partes rechazado dejando en ella más de dos mil hombres.

Desde este momento se abandonó por los franceses la idea de apoderarse de Gerona á viva fuerza y se estrechó el cerco de la plaza con tal rigor, que muy pronto la hambre con todos sus rigores se hizo sentir. El poderoso ejército francés que la asediaba, dirigido ahora por Augereau, obtuvo por dicho medio la victoria, y Gerona, enfermo gravemente su gobernador, y sin tener materialmente de qué comer ni con qué curar sus muchos enfermos y heridos, se rindió al hambre el día 10 de Diciembre del año 1809.

Desfilaron el día siguiente sus heroicos defensores por delante sus enemigos que confesaron haberse llenado de pavor á la vista de aquellos cadáveres vivos que arrojaban aún con fuerza las armas al pie de los vencedores, antes que rendirlas.

Alvarez de Castro murió de resultas de su enfermedad en Figueras, y el pueblo creyó que había sido asesinado por los franceses. Esto, nuestra opinión, no quita que consignemos aquí una censura firmísima por la indigna conducta observada por Napoleon con Alvarez de Castro. Ya hemos visto cómo el gran capitán, para quien debían ser sagrados sus compañeros de armas, trataba á los vencidos. A Palafox, al héroe de Zaragoza, le tenía estrechamente encarcelado en Vicennes, á Alvarez de Castro